

## Polémicas actuales acerca del enfoque económico

*Willy Baranger*

(Buenos Aires)

**Descriptores: METAPSIKOLOGIA / EPISTEMOLOGIA / PUNTO DE VISTA ECONOMICO / ENERGIA PSIQUICA / METAFORA / CANTIDAD / INVESTIDURA / CONTRAINVESTIDURA.**

### I.— PARTIDARIOS Y ADVERSARIOS

La esperanza decepcionada desde setenta años de que el porvenir dé un contenido concreto a la hipótesis de una posible cuantificación de la supuesta energía psíquica no podía sino suscitar, por la decepción misma, la necesidad de reconsiderar el problema. Esta necesidad ha sido sentida y expresada en muchos lugares, y por investigadores analíticos de tendencias muy distintas. Sin pretender ser exhaustivo —y partiendo de las dudas de Freud mismo, de Melanie Klein— se podría citar en este sentido las discusiones de la “American Psychoanalytic Association” en 1962 y 1967,<sup>1</sup> el trabajo anterior de L. Kubie, la obra de Jacques Lacan,<sup>2</sup> el trabajo de S. Leclaire,<sup>3</sup> el relato de A. Rosenblatt y J. Thickstun,<sup>4</sup> sin olvidar el coloquio de la “Société Psychanalytique de París”, sobre “Carga y contra-carga”<sup>5</sup> y los recientes trabajos de Bernard Apfelbaum<sup>6</sup> y muchos otros.

El debate queda abierto, pero podemos tratar de resumir los principales argumentos de ambas posiciones.

---

<sup>1</sup> A. Modell: “The concept of Psychc of energy”. “Jour. of the Amer. Psychoanal. Assoc.”, Vol. II. N° 3. 1963.

<sup>2</sup> Jacques Lacan: “Ecrits”. Ed. da Seuil. París, 1966.

<sup>3</sup> Serge Leclaire: The economic Standpoint. “Int. Jour. of Psa.”, T. XLV, N° 2-3, 1964.

<sup>4</sup> Allan Rosenblatt and James Thickstun: “An introductory study of the concept of psychic energy”. Trabajo presentado al 54° Congreso Anual de la Asociación Psicoanalítica Americana, 1967.

<sup>5</sup> Colloque sur Investissement et Contre-investissement de la Société Psychanalytique da París. “Revue Française de Psychanalyse”, T. XXXXI, N° 2, 1967.

<sup>6</sup> Bernard Apfelbaum: Ego psychology, psychic energy and the Hazards of quantitative explanations in psychoanalytic theory. “Int. Jour. of Psa.”, Vol. 46, p. 2, 1965.

## A) Malestar en lo económico

Aun personas que defienden el mantenimiento del enfoque económico en la teoría analítica experimentan cierto malestar frente a los obstáculos teóricos que tal enfoque implica: escuchemos a Ch. David: <sup>7</sup> “... tal introducción del concepto de cantidad no deja de crear espinosos problemas, que, por cierto, no impiden el trabajo del clínico ni del terapeuta, pero que dejan al teórico con malestar”. Quizá sea indebidamente optimista la idea de que las dificultades teóricas no perturban la labor analítica: lo esencial para nuestros fines es la comprobación del malestar.

Este se sitúa en primer término a nivel de la misma comprensión e interpretación de la obra de Freud. Abandonar el enfoque económico, ¿no es abandonar un aspecto esencial del pensamiento de Freud? ¿No lo hacemos a la ligera? Surge el conflicto entre fidelidad y rigor: el progreso del psicoanálisis implica necesariamente la reformulación de ciertos conceptos de Freud y el abandono de otros. Es fidelidad a Freud hacer una y otra cosa cuando es necesario y con rigor.

Es cierto que Freud nunca abandonó el enfoque económico. Es también cierto que su evolución teórica lo llevaba más y más a este abandono, y que siguió manteniendo este enfoque al lado de nuevos conceptos que le iban quitando validez. De éste, no todos los analistas, se han dado plena cuenta. Si bien el ideal científico inicial de Freud fue “describir un proceso biológico por medio de leyes cuantitativas”,<sup>8</sup> esto no constituye lo esencial de su descubrimiento, sino a mi criterio, un obstáculo que tuvo que vencer para conseguirlo.

El descubrimiento de los instintos de muerte en 1920, socava el fundamento del enfoque económico: exigiría una reformulación profunda de todo el edificio teórico del psicoanálisis. De esto Ricoeur y otros más tienen plena conciencia. Citemos a Julien Rouart: <sup>9</sup> “Las ideas de Freud, a partir de 1920, hacen la comprensión del punto de vista económico aún más complicada. Por cierto, la casi totalidad de los conceptos nuevos concuerdan con ello y se adaptan, pero la unicidad que confería a este punto de vista económico la referencia al principio del placer y al principio de realidad y el origen único, a pesar de su separación ulterior, de los impulsos del Yo y de los impulsos objetales, esta unicidad se encuentra evidentemente caduca dentro de la hipótesis de la dualidad instintiva”.

Pienso que un examen más detenido revelaría debajo de la “unicidad” teórica expresada por Rouart una más fundamental importancia del concepto de conflicto, piedra angular de toda la psicología analítica. Pero concuerdo con Rouart acerca del impacto decisivo de la revolución teórica de 1920 sobre el enfoque económico. Lo mismo expresa Ricoeur:<sup>10</sup> “Es el instinto de muerte quien trastorna todo: pues lo que está «más allá del principio del placer» no puede sino alterar, por contragolpe, la hipótesis del principio de constancia, a la cual el principio del placer ha sido inicialmente acoplado”.

Quien quiere comprender realmente a Freud en el doble aspecto de su genio, de osadía intelectual unida a una exigencia extrema de rigor, en su constante lucha contra

---

<sup>7</sup> Ch. David: Les notions d'investissement et de contre-investissement. “Rev. Fr. de Psa.”, T. XXXI, N° 2, p. 224, 1967.

<sup>8</sup> A. Modell: The concept of psychic energy. “Jour. of the American Psychoanalytic Association”, Vol, II, N° 3, p. 605, 1963.

<sup>9</sup> J. Rouart: Les notions d'investissement et de contre-investissement. “Rev. Fr. de Psa.”, T. N° 2, p. 208, 1967.

<sup>10</sup> Paul Ricoeur: “De l'interpretation”. Ed. du Seuil. p. 80. París, 1966.

dificultades teóricas y una experiencia clínica que impone la introducción de nuevos conceptos y la remodelación de conceptos antiguos, no puede sino tratar de seguir el curso real de su evolución, con las sucesivas revoluciones teóricas, que marcan sus distintas etapas, sin esconderse las contradicciones y oscuridades que provienen de estas revoluciones. El intento de transcribir las teorías de Freud en forma de una mecánica de cargas, contracargas, sobrecargas de “representaciones” o “huellas mnémicas”, constituye a mis ojos una verdadera mutilación. Es escoger una de las líneas del pensamiento de Freud, quitándole su complejidad y la multiplicidad de sus enfoques e intentos teóricos.

Freud no era un “geómetra” y el psicoanálisis no puede formularse en términos matemáticos. Además, este intento de formulación (un “arte combinatorio” de quanta energéticos y de quanta representativos), tropieza contra una dificultad fundamental: “¿Cómo puede uno representarse el cargar con energía una representación?”.<sup>11</sup> El modelo subyacente es aquí eléctrico. Pero una representación consciente o inconsciente, no tiene nada en común con una batería. La representación, por hipotética que sea, fuera de la experiencia directa consciente que tomamos de ella, se ubica en un plano totalmente distinto del de la “energía psíquica”, todavía más hipotética. Aquí también estamos sumando elementos heterogéneos. Freud, como teórico, es a veces tentado de reducir la teoría analítica a una mecánica; Freud observador y descubridor, rebate sin cesar estos intentos propios. Recién ahora están surgiendo dentro del pensamiento analítico las necesarias dudas acerca del enfoque económico y del concepto acoplado a éste, de energía psíquica.

## **B) Supuesta utilidad del concepto**

Muchos, sin embargo, prefieren mantener la metapsicología freudiana anterior a 1920 y consideran las “cargas psíquicas” como realidades y no como metáforas inadecuadas. Este punto de vista no varía esencialmente del sostenido por Freud entre 1895 y 1920. Francis Pasche <sup>12</sup> nos proporciona una excelente formulación de este punto de vista: “No debemos pues valorar la carga en menos al reducirla a una manera de hablar, a una metáfora. En realidad no es tan solo un significante. Es un significado, y que no puede ser expresado adecuadamente sino por significantes (metáforas) del orden material; pero exige reflexión. ¿Por qué no pudo Freud prescindir de metáforas que pidió prestadas a la mecánica de los fluidos? ¿Y porqué los que prescinden de ellas, no sin desdén, dan a muchos de nosotros la impresión que, al hacerlo, pasan por alto una dimensión esencial de la metapsicología?”

“¿Qué significa, pues, el punto de vista económico? Que el sujeto es dotado de un quantum de energía psíquica que se ejerce en forma continua y que él no puede ni aumentar ni disminuir operando cambios de sentido; es permitido decir de esta energía que ni se pierde ni se crea”. Podemos —sigue Pasche— desplazar esta energía, condensarla, diluirla, etc., pero nunca deshacernos de ella. “Lo económico es el obstáculo contra el cual tropieza el sentido, y también con lo que siempre tenemos que contar”.

El ejemplo que toma Pasche para apoyar este punto de vista merece nuestro

---

<sup>11</sup> J. Rouart: Les notions d’investissement et de contre-investissement. “Rev. Fr. de Psa.”, T. XXXI, N° 2, p. 207, 1967.

<sup>12</sup> F. Pasche: Investissement et contre-investissement. “Rev. Fr. de Psa.”, T. XXXI, N° 2, p. 232, 1967.

examen: uno podría suponer, dice Pasche, que el Superyo sea tanto menos severo cuanto menos agresivo es el sujeto hacia los demás. De hecho, es lo contrario que se produce.

Acerca del hecho, todos coincidimos. No así acerca de la formulación de Pasche: el hecho, dice, no se puede explicar sino por la repartición de los impulsos agresivos. Si el quantum de agresividad no se manifiesta hacia el exterior, no puede sino reforzar el Superyo y/o destruir el cuerpo.

La explicación me parece adolecer de varios defectos: el pasar por alto la formación del Superyo y el desconocer voluntariamente el papel de la relación objetal en el hecho descrito. El Superyo no está dado de entrada: se forma mediante sucesivas introyecciones (Freud) de objetos vivenciados, no según sus características reales, sino fantasmáticas (Melanie Klein). La severidad del Superyo no proviene por lo tanto directamente de la necesidad del sujeto de utilizar su agresión en un lado o en otro, sino de las características, al fin de cuentas situacionales, de los objetos introyectados, cuya integración en una instancia constituye el Superyo. Sin embargo, se podría decir, la “maldad” fantasmática de los objetos proviene en última instancia (y en la misma medida en que es fantasmática) de la propia agresión del sujeto. De acuerdo. Pero aquí intervienen todas las vicisitudes de la relación objetal, en particular los procesos de introyección y proyección, que, de producirse normalmente, llevan a una paulatina rectificación de las figuras terroríficas e idealizadas, a una elaboración cualitativa de las fantasías primitivas y a un ablandamiento del Superyo. Es precisamente lo que tratamos de hacer cuando analizamos a una persona. Llevando al absurdo (y traicionando adrede) el razonamiento de Pasche, uno tendría que concluir que un análisis exitoso, es decir, consiguiendo un Superyo menos cruel, tendría que producir un sujeto más agresivo hacia los demás, o más propenso a destruirse corporalmente. El analizando se volvería más sádico o más suicida. Por suerte la experiencia no confirma esta expectativa.

Tenemos que agradecer a Pasche su valentía al asumir el reto del intento de armonizar el punto de vista económico y la última teoría freudiana de los instintos. Vale la pena citar: <sup>13</sup> “Esta energía que el sujeto está condenado a emplear, la puede utilizar en cualquier forma, pero según dos modalidades y nada más que dos: para atraer hacia, él, fusionar con, absorber; para repeler, rechazar, separarse, aun a sí mismo dentro de sí mismo.

“Así la energía psíquica no es nunca este carburante universal que Hartmann, Kris y Loewenstein postulan en contra de toda evidencia clínica: no es nunca neutral, pues está siempre regida por Eros y por el instinto de muerte, el uno despertando al otro tan pronto como se manifiesta, e inversamente”.

No entiendo más. Si se trata de una energía única, ¿en qué se diferencia del “carburante universal” de Hartmann y otros? Si el sujeto puede utilizarla en cualquier forma “n’importe comment”, ¿quiere decir que puede transformar Tánatos en Eros? Y entonces, ¿qué queda del quantum tanático que explica la crueldad del Superyo? Pasche tropieza contra un dilema ineludible: o bien ¶a energía es doble en modalidad y esencia (como lo pensaba Freud), es decir que no se puede hablar de un quantum total, ni tampoco de transformaciones de una en otra, ni tampoco de equivalencias cuantitativas de una a la otra; o bien es una energía única, y entonces el concepto de instinto de muerte carece de significado. Tánatos se reduce a una “modalidad” —a un principio directo— que bien podríamos dejar de poner en juego, ahorrándonos así la base de todos nuestros conflictos neuróticos.

---

<sup>13</sup> Pasche: *Ibid.*, p. 232.

Otro obstáculo a la concepción de Pasche es su idea del sujeto como sistema cerrado (evidentemente imprescindible si uno quiere mantener el quantum energético y todo el enfoque económico) —la homeostasis a toda costa—, pero en detrimento del intercambio. Ya volveremos sobre este punto.

### **C) Contradicciones del enfoque económico**

El peor reproche que se puede hacer a una teoría es contener contradicciones internas, contradicciones con otras teorías pertenecientes al mismo sistema y contradicciones con la experiencia. Muchos piensan que el enfoque económico en psicoanálisis merece este triple reproche.

Estas contradicciones provienen de la persistencia en la teoría analítica de un concepto que tuvo su valor en los orígenes del psicoanálisis, habiéndose vuelto más y más arcaico a medida que se iba desarrollando la teoría: el concepto de abreacción. Lo nota Apfelbaum:<sup>14</sup> “. . . el principio de constancia y el modelo de energía que fluye, no constituyen una preferencia puramente teórica; han sido estrechamente ligados a los primeros conceptos clínicos —a la «talkingcure»— de Breuer— a la catarsis como método terapéutico y a la abreacción como proceso curativo”. Este arcaísmo, lo comparte también la “ego psychology” en ciertos de sus aspectos. Lo nota Apfelbaum: “. . . la «ego psychology» de Hartmann no tiene en cuenta la psicología clínica del ego, y no lo puede hacer dada la misma empresa de Hartmann, de elaborar formulaciones económico-estructurales. Estas formulaciones pueden ser vistas como constituyendo un movimiento retrógrado, como un intento de retornar al marco referencial del psicoanálisis primitivo, a la perspectiva del método catártico y al período siguiente del análisis del Ello”. Ya en 1947, Lawrence Kubie, citado por Allan Rosenblatt y James Thickstun,<sup>15</sup> afirmaba que el punto de vista económico “... es el elemento más flojo en todas las teorías corrientes sobre causalidad psicológica”. Y siguen los autores: “Creemos que el punto de vista económico contiene contradicciones internas y carece de valor explicativo, pero, más importante que todo, que las pseudoexplicaciones que provienen de él mantienen en el dualismo mente-cuerpo dentro del psicoanálisis, interfieren la articulación de la teoría analítica con las observaciones correlacionadas de campos afines e inhiben la búsqueda de explicaciones más significativas”.

Bajo su aparente rigor la formulación económica es la más imprecisa. Lo nota Waelder:<sup>16</sup> una energía, si es tal, debe tener una dimensión definida y la energía psíquica no es medible. Por lo menos se necesitaría poder establecer equivalencias (ecuaciones) en las transformaciones de dicha energía de una forma en una otra, y no podemos decir, por ejemplo, que una persona dotada de un poderoso impulso genital es la más capaz de actividad intelectual.

El notable análisis de Rosenblatt y Thickstun acerca de las contradicciones internas del concepto de energía psíquica merece ser retomado con detalle. Recalcan primero la multiplicidad de fuentes y clases de la energía psíquica: hay las energías agresivas del instinto de muerte, las energías sexuales de la libido las energías neutras que provienen de la desexualización de la energía. A lo cual otros agregan, después de Freud, energías neutras del Yo y energías desagresivizadas aprovechables por el Yo. La multiplicidad misma de las fuentes y clases de energía contradice la visión unitaria

---

<sup>14</sup> Apfelbaum: Op. cit., p. 170.

<sup>15</sup> Allan Rosenblatt and James Thickstun: Op. cit., 1967.

<sup>16</sup> Waelder, citado por Modell: cit., p. 611.

que pretendía dar el enfoque económico.

El examen de las funciones y del comportamiento de la energía nos lleva a contradicciones semejantes. La energía es a veces “motivacional”, se trata entonces de “estas energías que supuestamente, por acumulación, prevén una fuerza dirigida empujando hacia la descarga”; otras veces la energía es “instrumental” o “utilitaria”: son las energías “utilizadas por el organismo para servir a un propósito como las cargas para explorar por el pensamiento, las contracargas, etc...”. Lo notan Rosenblatt y Thickstun: “esta división implica una distinción entre la energía usando al organismo y el organismo usando la energía”. Desde luego la contradicción está en el concepto de Freud de una energía pasando del Ello al dominio del Yo, como si este pasaje no implicara un cambio cualitativo radical en contradicción con el principio económico mismo.

Asimismo, siguen Rosenblatt y Thickstun, los principios destinados a explicar el comportamiento de la energía psíquica llevan a análogas contradicciones. Los principios son el “de placer”, el “de constancia”, el “de inercia”, el “de nirvana”, cuya multiplicidad encubre características contradictorias de la energía misma: es cuantificable y al mismo tiempo tiene un fin y una especificidad; es capaz de acumulación y descarga y al mismo tiempo busca objetos determinados: se admiten simultáneamente explicaciones que no pueden ser sino alternativas.

Encima de todo, el concepto de energía psíquica y el enfoque económico implican que el psiquismo humano sea un sistema cerrado. Escuchemos otra vez a Rosenblatt y Thickstun: “Ya que la energía es cuantificable, y que esta cantidad supuestamente no disminuye ni aumenta (por lo menos en ciertos procesos como el desplazamiento), se supone que esta energía se rige por la ley de conservación de la energía”. Tal hipótesis, para tener un sentido, exigiría un sistema cerrado. El mecanismo psíquico es obviamente un sistema abierto, en virtud de su capacidad de incremento interno de la cantidad de energía y de su “descarga” afuera del sistema.<sup>17</sup> La misma pregunta se plantea David Beres:<sup>18</sup> “¿Es el aparato psíquico un sistema abierto o cerrado?”. Cerrarlo es negar todo intercambio con el mundo; abrirlo es renunciar al punto de vista económico.

La teoría analítica oscila claramente entre un concepto cuantitativo y un concepto cualitativo: “como ejemplo de esta falta de coherencia interna, vemos el concepto de energía, como cantidad sin dirección, ser mezclado con fines explícitos y cualidades distintas, como en la energía libidinal, la energía agresiva, la energía desexualizada, etc...”<sup>19</sup>

Todas estas incoherencias descansan, al fin, sobre el considerar la acción y la emoción como procesos de “descarga” energética. Lo pregunta Kaufman, citado por Modell:<sup>20</sup> “¿Qué se entiende por «descarga»? ¿Se refiere esto a un cambio de estado, a un movimiento, a una nueva ubicación que viene a ser utilizada, o a qué?”. Lo formula con claridad, y lo misma Kubie:<sup>21</sup> “El peligro es suponer que estas descripciones de la conducta) son evaluaciones adecuadas de cambios cuantitativos. Esto acarrea consigo otra hipótesis más —que Kubie encuentra peligrosa e

---

<sup>17</sup> Rosenblatt y Thickstun: Op. cit., 1967.

<sup>18</sup> Citado por Modell: Op. cit., p. 613

<sup>19</sup> Rosenblatt y Thickstun: Op. cit., 1967.

<sup>20</sup> Op. cit., p. 613

<sup>21</sup> Citado por Modell: Ibid, p. 612

indefendible—; es la de que diferencias aparentemente cuantitativas en la conducta son el resultado de un cambio en la cantidad de energía”.

Ni la emoción ni la acción pueden concebirse como descargas de tensiones: Freud lo había reconocido en el “Problema económico del masoquismo”, lo repiten Rosenblatt y Thickstun:<sup>22</sup> “La falla más chocante de la teoría energética es su incapacidad de explicar el fenómeno de la tensión placentera”.

No sólo la teoría económico-energética es internamente incoherente e incompatible con los otros enfoques analíticos, sino que, como era de esperar, tropieza contra la experiencia clínica. Dos ejemplos particularmente evidentes recurren en estas discusiones: el desplazamiento y el Superyo.

El desplazamiento parece, a primera vista, tener un contenido esencialmente económico: alguna clase de cantidad es desplazada de un lugar a otro. Descripción inadecuada de la clínica, dicen Rosenblatt y Thickstun: lo que se observa clínicamente, es que la representación de un contenido, es decir un símbolo, viene a representar otro contenido no generalmente relacionado con él.

La dificultad de la “Ego-psychology” para integrar el concepto de Superyo, nota Apfelbaum<sup>23</sup> examinando los trabajos de Hartmann y Rapaport, es un “ejemplo significativo del peligro de usar un modelo cuantitativo para sucesos cualitativos”.

“Para dar adecuadamente cuenta del Superyo, es imprescindible un enfoque dinámico-estructural, en el cual los sistemas psíquicos son formulados como organizaciones duraderas de fines y propósitos”.

La raíz de todas estas dificultades teóricas reside en el empeño de aplicar a los fenómenos psíquicos un modelo, pedido prestado del sentido común y del lenguaje ordinario, por una parte, y de otras ciencias, por otra parte.

El acuerdo del enfoque económico con el sentido común tendría sin embargo que despertar nuestras sospechas, y hacernos pensar (Apfelbaum) que son antianalíticas. No valía la pena descubrir el psicoanálisis en contra de todos los prejuicios de antaño para llegar a formulaciones “científicas” que reencuentren y aplaquen al herido sentido común.

La neurofisiología y la física no nos pueden ahorrar el trabajo de elaborar nuestros conceptos propios: “El conflicto y la represión —los dos conceptos dinámicos de base— no pueden ser sino representados en una forma demasiado estrecha en un modelo construido al estilo de la física y de la neurofisiología. Intenciones activas y significado inconsciente no tienen su lugar en este modelo.<sup>24</sup> Y Modell<sup>25</sup> nota en el mismo sentido: “Si permitimos que nos inunden modelos derivados de las ciencias físicas, estaremos en el peligro de perder lo que es único en el psicoanálisis”.

La médula de la dificultad reside en el carácter esencialmente cualitativo de lo psíquico: “El usar modelos cuantitativos para (formular) sucesos cualitativos limita a la vez la amplitud y la profundidad de la explicación. La represión, el conflicto, la defensa, no pueden ser adecuadamente representados, y el foco de interés se desplaza hacia lo exterior”.<sup>26</sup> El mismo autor me parece expresar la esencia de este gran malentendido

---

<sup>22</sup> Op. cit., 1967.

<sup>23</sup> Op. cit., p. 173

<sup>24</sup> Op. cit., p.171.

<sup>25</sup> Op. cit., p. 616.

<sup>26</sup> Apfelbaum: Op. cit., p. 181.

teórico cuando escribe: <sup>27</sup> “Lo que (se) describe en términos cuantitativos es el proceso de ecuaciones y equivalencias simbólicas: si una cosa significa otra cosa, puede ser vivenciada como esta otra cosa. Este proceso cualitativo se refleja en nuestra tarea cotidiana de aprender el lenguaje de equivalencias simbólicas del paciente”.

Traducimos un proceso de lenguaje en términos de física, cayendo así, como dice Apfelbaum,<sup>28</sup> en el riesgo de “usar un modelo no-analítico para un material analítico”. Las cosas mas claramente no se pueden expresar.

#### **D) Intentos de salvar el enfoque económico**

Sin embargo, se trata de una polémica. Frente a las múltiples críticas al enfoque económico, muchos analistas se encuentran propensos a mantenerlo. Veamos los argumentos.

Hay un sentimiento de rechazo frente a una modificación teórica que puede parecer innecesaria. Como lo menciona Apfelbaum,<sup>29</sup> se dice generalmente que los fenómenos estudiados por el psicoanálisis son tan complejos que parece poco razonable prescindir de uno de los enfoques que permiten entenderlos. El propio Robert Waelder llega a la conclusión de que le falta entusiasmo hacia el enfoque económico, pero no optaría decididamente a favor de su eliminación.<sup>30</sup>

Otros analistas, conscientes de la debilidad teórica esencial del enfoque, e insatisfechos con él, proponen mantenerlo transitoriamente “hasta que se encuentre algo mejor”.

Hay aquí un equívoco. O un enfoque es decididamente útil e imprescindible para dar cuenta de los fenómenos, y entonces no cabe la indecisión, o es dudoso e “insatisfactorio” y entonces no cabe su mantenimiento, porque se convierte en obstáculo para la comprensión, o, como decía Gastón Bachelard, en “obstáculo epistemológico”.

El argumento quizá más importante es alegar, tal como lo hiciera Freud mismo, que no se puede pedir al enfoque económico una explicación total de los fenómenos, pero que ninguna interpretación puede ser completa prescindiendo de él. El enfoque económico sería por lo tanto el complemento imprescindible de los demás enfoques.

Esto implica la coherencia interna de los distintos enfoques de la metapsicología entre sí. Queda por saber si “esta tranquila tolerancia de distintos tipos de explicación, ventajosa en varias formas (no) puede encubrir filosofías distintas, y aún exclusivas entre sí”.<sup>31</sup>

Ahí está el punto esencial. Pienso que hay una contradicción básica entre la formulación económica de los fenómenos y su formulación dinámico-estructural. No se puede elegir una explicación económica cuando no encontramos nada mejor, y una “buena” explicación dinámico-estructural se basta a sí misma sin la hipótesis cuantitativa artificialmente agregada. En la interpretación, formulamos significados y

---

<sup>27</sup> Op. cit., p. 174.

<sup>28</sup> Op. cit., p. 169.

<sup>29</sup> Op. cit., p. 168.

<sup>30</sup> Modell: Op. cit., p. 612.

<sup>31</sup> Apfelbaum : Op. cit., p. 168.



esperamos de esta interpretación un trabajo elaborativo en el paciente. Formulamos situaciones, conflictos, deseos, objetos e instancias en pugna, y esperamos un “insight” reestructurante.

El formular esto en términos económicos dotados de alguna verosimilitud sería una verdadera hazaña.

El enfoque económico no constituye por lo tanto un “complemento” de los otros enfoques, sino un comodín al cual recurrimos cuando nos faltan palabras o conceptos para entender lo que pasa.

Esto ubica el problema en el terreno donde decisivamente se tiene que poner a prueba, el de la clínica (agregaría yo el de la técnica, más difícilmente integrable todavía dentro de esta perspectiva).

En la discusión de la American Psychoanalytic Association, en 1962, reseñada por Modell, Mortimer Ostow trató de subrayar la utilidad clínica del enfoque económico.

Vale la pena examinar sus argumentos.

1º) “El concepto de energía psíquica” permite al clínico predecir el efecto de nuevos medicamentos, lo que ningún otro sistema puede hacer.”<sup>32</sup>

Dudo mucho que sea así. En todo caso, tal clase de predicción no tiene ningún interés psicoanalítico. Ostow confunde aquí el marco referencial del clínico —o psiquiatra— que administra drogas, y el del analista que interpreta acontecimientos.

2º) “Proporciona una explicación útil de los efectos de la enfermedad física sobre la función psíquica.”

Posiblemente Ostow piense aquí en las descripciones de Freud acerca del retraimiento de la libido desde los objetos externos hacia los órganos en la enfermedad física »Introducción del narcisismo”). Lo que mejor y con más riqueza se formularía en términos de activación de fantasías hipocondríacas.

3º) “Cristaliza un conjunto de síndromes que no se pueden definir de otra manera, y que no han sido definidos de otra manera.”

Ostow se refiere aquí seguramente al conjunto nosológico descrito por Freud como “neurosis actuales”, es decir, neurosis cuya etiología se debe buscar en trastornos actuales de la función sexual del sujeto y no en conflictos arraigados en las situaciones históricas de su vida. Efectivamente, existe una relación semejante entre enfoque económico y neurosis actual, por una parte, y enfoque económico y abreacción por la otra. En ambos casos se trata de algo “semejante a una energía”, que es descargada o se estanca, buscando entonces formas inadecuadas de descarga en forma de síntomas.

Es de notar que el concepto de “neurosis actual” tiende a desaparecer de la literatura psicoanalítica presente. Quienes, como Abram Blau<sup>33</sup> propugnan su mantenimiento, insisten en la consistencia fenoménica de ciertos cuadros nosológicos, por una parte, y sobre el papel del miedo a ciertas situaciones reales (casos de las neurosis de guerra, por ejemplo), por la otra. Con todo, el enfoque sostenido por Blau difiere sustancialmente del de Freud en cuanto a la etiología de las neurosis actuales y al papel de la sexualidad en ellas.

---

<sup>32</sup> Modell: Op. cit., p. 616

<sup>33</sup> In: Support of Freud’s syndrome of actual anxiety neurosis. “Int. Jour. of Psa.”, T. XXXIII, p. 363-372, 1952.

No es mi propósito discutir el concepto de “neurosis actual”, ni si cabe o no mantenerlo. En caso de hacerlo, no me parece evidente que estos síndromes “no se puedan definir de otra manera” sino mediante el enfoque económico. Equivaldría, a mi parecer, a mantener la idea de una neurosis sin significado, sin relación con la totalidad de la persona que sufre de ella.

Posiblemente Ostow se haya querido referir también aquí a otros cuadros: el resumen de Modell no nos permite saberlo.

4º) “Permite una diferenciación entre variantes de síndromes nosológicamente idénticos.”

Aquí el pensamiento es claro, pero no me satisface en absoluto. Muchos pensamos que un síndrome de histeria o neurosis obsesiva claramente definido, se diferencia de otro tan claramente definido, no por la “intensidad” de impulsos o defensas sino por factores estructurales esencialmente cualitativos: “plasticidad” del Yo, importancia relativa de los “núcleos psicóticos” capacidad de discriminación, cualidad de las angustias predominantes, etc.

5º) “Da cuenta de los cambios de largo alcance en el cuadro de la enfermedad, y, en verdad, en la función psíquica durante el ciclo vital entero.”

Que varíen estos factores de un individuo a otro, no cabe duda para nadie. Que se puedan debidamente formular en términos económicos o energéticos, resulta mucho más dudoso.

Ostow parece referirse a los grandes cambios del ciclo vital (latencia, pubertad, climaterio, etc.) y a su influencia sobre la enfermedad. Se suele efectivamente interpretar en parte estos cambios en términos de incremento o disminución de exigencias libidinales, es decir, de modificaciones energéticas. Un estudio más detenido nos mostraría, debajo de las alteraciones groseras de la conducta en estas crisis, grandes cambios en el mundo fantasmático del sujeto, implicando regresiones en las estructuras y activación de fantasías muy arcaicas, con la necesidad de establecer nuevas defensas. Paula Heimann, en su artículo sobre La Regresión<sup>34</sup> estudia el problema de la menopausia, mostrando los conflictos (Edípico y otros) y las situaciones arcaicas y nuevas que se producen en este momento y dan cuenta del paradójico “incremento de deseo genital” —así como de alteraciones neuróticas— observables en esta situación crítica.

Ostow piensa probablemente también aquí en el automatismo de repetición y en las neurosis de destino que describió Freud. También en la distinta “analizabilidad” de las distintas personas. Lo económico me parece, en todos estos casos, proporcionar una explicación mucho menos rica y adecuada a estos hechos que explicaciones de orden cualitativo. Podríamos retomar a nuestra cuenta la fecunda pregunta que se hizo Freud a propósito del papel de la herencia en la producción de las neurosis “¿de qué nos sirve saber que existe?”. Si tal dificultad en el análisis se debe a un monto congénito de instinto de muerte, cualquier otro factor cuantitativo concebible, esto no hace más que reflejar nuestra incapacidad de entender los fenómenos y actuar sobre ellos, y no nos ayuda para nada a afinar nuestra técnica interpretativa, y, por consiguiente, a mejorar nuestros resultados.

Es precisamente en el terreno de la clínica que el enfoque económico se muestra más insatisfactorio. Los conceptos económicos son elaborados para enmarcar en un

---

<sup>34</sup> “Developments in Psycho-Analysis”. Melanie Klein y otros. Hogarth Press, London, 1952.

esquema conocido las fallas de nuestra comprensión y las limitaciones de nuestra técnica.

Este último punto, ya mencionado al pasar, es quizá lo esencial.

**E) ¿Es el enfoque económico el complemento necesario de los demás enfoques metapsicológicos? ¿Constituye al contrario una desviación de la teoría analítica?**

Aun para los autores que mantienen la complementariedad de los distintos enfoques metapsicológicos, el problema está patente. Escribe Ch. David:<sup>35</sup> “Los conceptos económicos, aun energéticos, en general, y los conceptos de carga y contracarga en particular, son a la vez imprescindibles e insuficientes. Sin ellos, la descripción y aún más la explicación de los fenómeno psíquicos queda incompleta, a veces aún totalmente insatisfactoria; pero si se utilizan aisladamente, como valores absolutos por así decir, no consiguen sino una apariencia de inteligibilidad, y no sirven sino de máscara a la ignorancia”.

Queda por saber si la regla de siempre, coordinar los tres enfoques metapsicológicos, regla (agrega David) “más fácil de formular que de cumplir”, no es en sí misma contradictoria.

¿Será que toda explicación requiere los tres enfoques, o que tenemos que recurrir a uno de ellos —el económico cuando fallan los demás? ¿Y no será que estamos transformando en principios explicativos absolutos ambos aspectos de la investigación de Freud: el ideal cuantitativo heredado de su siglo, por una parte, y el descubrimiento del significado de lo humano, por la otra?

Algunos interpretamos resueltamente las cosas en este segundo sentido. Así Serge Leclaire:<sup>36</sup> “Una experiencia muy corriente de la vida es que el recurso a la fuerza surge cuando se atranca la dialéctica y se crea un callejón sin salida. Asimismo necesitamos recurrir a la «fuerza» en la experiencia analítica cuando nos enfrentamos con dificultades teóricas o clínicas insuperables”.

Mejores palabras no podría encontrar para expresar mi convicción acerca del enfoque económico-energético en psicoanálisis. Se complementan, en profundo acuerdo sobre este punto entre ambos autores, por las de Apfelbaum:<sup>37</sup> “Para recapitular: sostienen una teoría conjuntamente las primitivas formulaciones metateóricas, el sentido común, y la «teoría del Yo» contemporánea. El rasgo crucial de esta perspectiva es la exclusión de la intención y del significado inconciente y el establecimiento de un marco referencial cuantitativo”.

Ambos autores enfocan su crítica hacia una ambigüedad tranquilamente aceptada por la mayoría de los analistas: el pasaje de una formulación en términos de deseos (O impulsos) versus instancias a una formulación en términos económicos de cargas y contracargas.

El nexo principal entre estas formulaciones básicamente contradictorias, lo constituye el principio de “determinación múltiple”. Cada analista sabe que un fenómeno determinado (síntoma, sueño, etc.) puede -entenderse de múltiples maneras, es decir, tiene múltiples significados. Se pasa, sin darse cuenta del salto, de este hecho

---

<sup>35</sup> Ch. David: Les notions d'investissement et contre-investissement. “Rev. Fr. de Psa.”, T. XXXI, N° 1967

<sup>36</sup> S. Leclaire: The economic Standpoint- recent views. “J. of Psa.”, Vol. 45, T. 2-3, 1964.

<sup>37</sup> Apfelbaum: Op. cit., p. 178-179.

a una formulación mucho más definida teóricamente: los significados múltiples son causas múltiples, y se llega al concepto de sobredeterminación. El desliz no se le escapa a Apfelbaum:<sup>38</sup> “Pretendo mostrar que el principio de causación múltiple no puede merecer confianza para combinar enfoques incompatibles, en el caso, el enfoque dinámico y el enfoque económico. Esto puede mostrar también que la especulación cuantitativa de un nivel meta-teórico puede ser suficientemente abstracta para oscurecer incompatibilidades con la teoría clínica”.

Mas todavía si se toman en serio, no sólo la clínica, sino también —y en primer lugar— la técnica psicoanalítica. En este punto insistió —con toda razón— Paul Ricoeur.<sup>39</sup> “Tan pronto como uno aísla la económica de sus expresiones retóricas, la metapsicología sistematiza algo distinto de lo que ocurre en el diálogo analítico. Ello engendra una demonología fantástica, o aún peor, una absurda hidráulica”. Dejemos por el momento el problema más esencial planteado en este texto. Es decir, ¿en qué términos metapsicológicos adecuados tendríamos que traducir el diálogo analítico?

Queda que el enfoque económico es la renuncia a la hermenéutica —y también a la heurística que constituyen el fundamento del psicoanálisis— y lo realmente esencial del descubrimiento de Freud. Lo dice Ricoeur:<sup>40</sup> “...lo económico en su fondo solipsista, pero el psicoanálisis como terapéutica no es solipsista, y ninguna de las situaciones acerca de las cuales el psicoanálisis reflexiona es solipsista”.

Esta idea de Ricoeur va más allá de mi propósito actual —aunque concuerda totalmente con ella—. De por sí descarta radicalmente el enfoque económico —y en este punto me separo de Ricoeur, que lo mantiene en contra de su lógica propia—, pero en el fondo Ricoeur<sup>41</sup> vuelve a su propósito inicial, sin ninguna clase de concesiones cuando define el análisis como... la tarea única de volverse conciente que define la finalidad misma del análisis. . . . Es finalmente esta tarea misma de volverme Yo que es irreductible en su principio a la económica del deseo en la cual (sin embargo) se inscribe”.

Aunque provenientes de enfoques muy distintos, estas conclusiones pueden asemejarse, en lo que se refiere al punto de vista económico, a las de Rosenblatt y Thickstun, que también haré mías: “. . . nuestra afirmación es que el concepto de «energía psíquica» debería ser abandonado, no modificado, y que esto no afecta nuestras hipótesis esenciales”.<sup>42</sup>

## II.— LO ECONOMICO COMO METAFORA

### A) Metáforas en la teoría psicoanalítica

No es ninguna novedad el ubicar el quehacer analítico en el plano del lenguaje. Tampoco es casualidad que el primer gran libro psicoanalítico se llame: “Traumdeutung”, ubicando así, en el mismo despertar del siglo XX, la función —y la misión— del psicoanálisis como interpretación de los fenómenos psíquicos y orientando el conocimiento analítico en la vía de una exploración hermenéutica.

Lo dice Freud, lo dice Lacan, lo pensamos (más o menos) todos. La función

---

<sup>38</sup> Apfelbaum: Op. cit., p. 181

<sup>39</sup> P. Ricoeur: “De l’interprétation”. Ed. du Seuil, p. 362. París, 1966

<sup>40</sup> P. Ricoeur: Op. cit., p. 466.

<sup>41</sup> P. Ricoeur: Op. cit., p. 475.

<sup>42</sup> Rosenblatt y Thickstun: Op. cit., 1967.

específica del analista es interpretar, es decir, encontrar “dobles sentidos”<sup>43</sup> en las palabras de un relato, y también, si se quiere ser más exhaustivo, en las “palabras” de otros lenguajes no formulados verbalmente (sean estas “palabras”, una postura, un dolor en el estómago, un sentimiento de tristeza, etc.). En todo caso, trátase del lenguaje verbal o de los otros lenguajes, nuestra función es formular verbalmente, en virtud de la situación analítica, los mensajes verbales y otros que nos transmiten los analizandos.

Sin embargo, parecería que muchos analistas tienden a olvidar estos hechos evidentes cuando formulan teóricamente los conocimientos analíticos. En nuestras interpretaciones de los “dobles sentidos”, estamos recurriendo constantemente a metáforas. La metáfora es, por definición, una palabra de doble sentido, y por lo tanto, entra en la esencia misma del trabajo analítico. Se juega entonces un extraño juego verbal entre el lenguaje (o los lenguajes) del paciente, el lenguaje de la interpretación, y el lenguaje de la teoría analítica. Quisiera proponer el examen de este problema: ¿cuál es la relación entre estos tres lenguajes? Si el lenguaje del analizando es por esencia metafórico el lenguaje del analista también lo es. Y si el lenguaje del analista es metafórico, ¿quién elimina las metáforas de las teorizaciones que se abstraen de este segundo lenguaje? Vale la pena detenerse.

El lenguaje del paciente es el lenguaje común, es decir, atiborrado de metáforas físicas que traducen (inadecuadamente, sus vivencias. Ya lo recalaba Bergson: no hay ningún lenguaje adecuado para expresar los fenómenos psicológicos, fuera de la poesía. La descripción de estados internos necesariamente integra las palabras que usamos para nuestro trato con los objetos materiales. El analizando dispone de un vocabulario extremadamente limitado para describir sus estados internos, y utiliza preferentemente el vocabulario del mundo físico de la percepción para traducir lo que vivencia. Su expresión verbal es necesariamente metafórica.

Si pasamos al otro polo de la situación analítica, el analista que utiliza el lenguaje verbal para interpretar, observamos lo mismo.

Ningún analista formularía una interpretación en términos impersonales, ni abstractos. Cada uno sabe —porque se lo han enseñado y porque se dio cuenta por experiencia propia— que una interpretación, si quiere ser efectivamente entendida por el paciente, necesita ser formulada con las propias palabras de éste, es decir, con las metáforas que él está usando. El enriquecimiento del analizando en el proceso analítico no proviene de la adquisición de palabras nuevas, sino de la ampliación de significado de las palabras originarias. No es de extrañar que el analista piense constantemente en términos metafóricos. Unos pocos ejemplos bastarán: si un analizando tiene como propiedad una isla en el río o en el mar, y si entendemos esta isla como representación de un núcleo autístico del analizando, la palabra “isla” va a tomar una importancia enorme en nuestras interpretaciones (pero nunca vamos a decir “núcleo autístico”). Si un analizando está amenazado por un derrumbe de sus mecanismos de control y una invasión de tendencias destructivas, no vamos a interpretar en términos de “debilitamiento de defensas yoicas”, sino trataremos de formular la situación concreta inconsciente de angustia que constituye la amenaza de desmoronamiento. La interpretación implica el doble o múltiple sentido de las palabras, y lo utiliza de vuelta.

Pero, ¿qué decir del lenguaje de la teoría? Tiene su fuente y su justificación en las interpretaciones, es decir, que se edifica sobre una base de metáforas. De hecho, retorna las metáforas corrientes del lenguaje, pero con preferencia para las que se presentan bajo las apariencias más científicas”. De donde la preferencia de Freud mismo,

---

<sup>43</sup> Paul Ricoeur: “De l’interprétation”. Ed. du Seuil. París, 1965.

y de muchos autores, para la terminología utilizada corrientemente en las ciencias. Sino, el concepto físico de entropía no hubiera entrado jamás en las especulaciones psicoanalíticas.

El lenguaje común está plagado de metáforas físicas. La interpretación analítica retorna el lenguaje común. La teoría analítica se fundamenta sobre las interpretaciones. La metáfora se encuentra en una punta del proceso tanto como en la otra: en el lenguaje- del paciente como en la teoría analítica. Y dentro de estas metáforas, el “enfoque económico”.

Pero quizás sería provechoso intentar algo como un repertorio de metáforas corrientes en el pensamiento analítico. Un examen de la obra de Freud resultaría harto fecundo en este sentido.

La metáfora hidráulica tiene un papel determinante en los primeros conceptos analíticos, formulada en términos de abreacción. Una experiencia traumática (o varias experiencias superpuestas) han provocado un “estancamiento” en la libido, que sin esto “fluiría” normalmente. La libido estancada provoca síntomas que la expresan. El recordar el acontecimiento traumático es la ruptura del “dique psíquico”, que permite el fluir emocional de las cantidades estancadas, lo que hace innecesaria la producción de nuevos síntomas.

Sin embargo, esta metáfora hidráulica correspondía a hechos reales: la recuperación de acontecimientos traumáticos en pacientes histéricos tropezaba contra una resistencia, que uno podía suponer de magnitud equivalente a la represión actuando dentro del paciente. La liberación emocional acompañando la recuperación del recuerdo parecía también —en los casos favorables— ser tan intensa como lo había sido la represión. Una recuperación mnémica sin manifestación emocional permanecía sin resultado terapéutico. Una modificación energética, masiva y liberadora (la ruptura del “dique”), tal era el modelo de la abreacción.

Con la sustitución de la técnica analítica a la abreacción, el modelo teórico (hidráulico) de la curación cambia profundamente. Ya no se trata de una liberación de una vez —o de más veces, tantas como hay recuerdos traumáticos superpuestos—, sino de una modificación paulatina y paciente, estructural mucho más que emocional. El “insight” se va sustituyendo a la abreacción.

Esto no quiere decir que se pasen por alto las manifestaciones emocionales que se producen en el proceso analítico, ni que el “insight” se confunda con una mera comprensión intelectual, sino que el elemento emoción es un aspecto de un proceso mucho más complejo. Sabemos además que ciertos pacientes pueden puntuar cada sesión analítica de manifestaciones emocionales ruidosas sin por ello progresar, y que otros progresan sin hacer mucho ruido. Sin embargo, mantenemos a menudo la expresión “descarga emocional” o aun, en casos extremos, “abreacción”, como si mantuviéramos el antiguo esquema hidráulico.

La metáfora hidráulica de los “vasos comunicantes” a menudo utilizada por los analizandos y que parece describir una situación simbiótica en el análisis, influye también en forma considerable sobre nuestros conceptos, como traducción del proceso de identificación proyectiva (lo mío que no está en mí está en ti).

En esta serie, tendríamos que incluir también la metáfora geográfico-uretral de la “inundación” por impulsos intrapsíquicos o emociones.

A veces la hidráulica se vuelve simple mecánica en el lenguaje metafórico. Como cuando Freud define el psicoanálisis como una teoría que reduce los fenómenos psíquicos a un juego de “fuerzas y contrafuerzas”.

Por suerte, Freud utiliza muchos registros metafóricos para describir los fenómenos descubiertos por el psicoanálisis. Entre ellos, lo biológico y aun lo zoológico tienen

mucha importancia. El Yo <sup>44</sup> aparece a veces como un organismo unicelular, con su membrana protectora y la capacidad de extender o retraer pseudopodios. Otras veces como la “corteza” que se diferencia del ser ontogénico (Ello) bajo la influencia del sistema percepción-conciencia, es decir, de la experiencia externa.

Otras veces, el proceso analítico se compara con una guerra entre naciones con combates, invasiones de ejércitos, cambios de fronteras, reconquistas de territorios perdidos, colusiones entre *los* invasores y los invadidos.

Para no citar las archiconocidas metáforas del proceso analítico como descubrimiento arqueológico y como partido de ajedrez, que por contradictorias que parezcan, expresan sin embargo dos aspectos importantes de lo que pasa en un psicoanálisis.

Menos se ha mencionado, quizás por ser más evidente, la importancia de las metáforas mitológicas en el pensamiento analítico, aunque se ilustran nada menos que con el complejo de Edipo. Por su naturaleza metafórica, el psicoanálisis abre una ventana hacia los mitos arcaicos y actuales de la humanidad.

Y utiliza él mismo mitos: el asesinato del padre primitivo, el totemismo, sin hablar de la “mitología” de los instintos, tal como la califica Freud mismo.

Un lugar especial tenemos que reservar para la metáfora “económica”, que se puede entender en ambos sentidos de la palabra: sea como asociación, inversión, retiro de fondos, ganancia, sea como intento de cuantificar lo que se observa en psicoanálisis. Volviendo otra vez a las metáforas hidráulicas, mecánicas, ópticas, etc., que parecen permitir la introducción del número.

Obviamente, la metáfora “económica” tiene para Freud un lugar de privilegio dentro del registro de metáforas que utiliza corrientemente, ya que la convierta en uno de los “enfoques” básicos de la metapsicología. Se utiliza en psicoanálisis el concepto de “inversión” energética, y no el de “gámbito” (ajedrecista) que, sin embargo, traduciría en una forma muy concreto una conducta típica de las personas en el proceso analítico. No estamos aquí abogando por la introducción del “proceso del gámbito” en la teoría analítica, sino tratando de mostrar que otros conceptos podrían describir muy concretamente ciertos acontecimientos del análisis.

Sin embargo, no pensamos que la metáfora económica (cuantitativa) haya por azar tomado la precedencia sobre otras metáforas. Entre las múltiples metáforas posibles, la económica ha gozado de un trato preferencial de parte de Freud —por lo menos en lo que se refiere a las formulaciones teóricas— ya lo notamos: se trata del ideal de formulación científica heredado por Freud y por la inmensa mayoría de los analistas actuales y que se podría resumir así: “donde no hay cuantificación, no hay ciencia. Más comprensible es esta preocupación por cuantificar, si pensamos en las exigencias de los críticos del psicoanálisis, que le niegan su carácter “científico” porque no puede expresar leyes formulables como funciones numéricas.

Hay que acostumbrarse una vez por todas al hecho que en el psicoanálisis hay conocimientos valederos (verdaderos) y que jamás podrán expresarse adecuadamente en números.

---

<sup>44</sup> Geraldine Pederson-Krag: The use of metaphors in analytic thinking. “Psychoanalytic Quarterly”, Vol. XXV, N° 1, 1956.

## B) Condiciones de validez de la metáfora económica

Habría que interrogarse seriamente sobre las condiciones mediante las cuales una formulación económica podría salir del terreno de la metáfora pura, para entrar en el terreno del conocimiento.

La primera condición es la posibilidad de cuantificación.

Toda “cantidad” que no se puede medir es una ilusión de cantidad, y de hecho pura cualidad. Hasta que podamos —si es concebible, lo que dudo— medir las “fuerzas” y “contrafuerzas” de la energía psíquica, hasta que podamos descubrir una unidad básica observable (o “quantum”), no haremos más que calmar nuestra mala conciencia como científicos con un semblante- de precisión. Cualquier ejemplo sirve para demostrar la imposibilidad de formular actualmente las cosas en términos económicos. Si decimos que un paciente está un poco enojado, o muy enojado, sólo el lenguaje nos deja pensar que se trata del mismo estado “aumentado” o “multiplicado tres o diez veces. Pero ambas formulaciones recubren en realidad situaciones radicalmente distintas. El “poco enojo” puede traducir una protesta por alguna de las pequeñas frustraciones inherentes a la situación analítica; el “mucho enojo” puede expresar una situación donde el analista se ha vuelto perseguidor, y donde la misma existencia del proceso analítico está en juego. No se trata de la multiplicación de lo mismo, sino de otra cosa significado enteramente distinto.

Pero, si la medición concreta no es posible, podría ser que el ideal de medición — la medición supuesta como posible— nos permita una comprensión más cabal de lo que ocurre. **Es precisamente lo contrario lo que pasa.** Las metáforas económicas, en su aparente sencillez, nos llevan a un empobrecimiento conceptual y a un alejamiento indebido de nuestro campo de observación. Aquí también se podrían multiplicar los ejemplos. El acting out sería uno de ellos. Como el fenómeno es difícil de entender, la tentación inmediata consiste en formularlo en términos económicos: el analizando, no pudiendo soportar el aumento de tensión interna, necesita una descarga inmediata. Se produce como un “cortocircuito”. Naturalmente, esto implica una cierta característica de su Yo, que también formularemos en términos económicos (debilidad, incapacidad de tolerar tensiones, etc...). En esta formulación hemos perdido lo esencial del fenómeno, precisamente el que interpretamos al paciente y le ayuda a comprenderse (el significado concreto de **tal** acting, su relación con el estado actual de la situación analítica, su inclusión en la historia del analizando, lo que nos quiere hacer en la fantasía con su actuación, etc.).

No estamos sistemáticamente en contra del uso de las metáforas en el pensamiento analítico, y entendemos que la metáfora toca uno de sus aspectos esenciales —el doble sentido de un diálogo, pero sí nos parece insostenible la transformación de metáfora en metapsicología. Más todavía cuando como es aquí el caso, la metáfora se erige en pantalla entre los fenómenos y el pensamiento, y nos ilusiona con una apariencia de simplicidad e inteligibilidad.

**La segunda condición que nos permitiría mantener la validez de la formulación económica sería la posibilidad de establecer equivalencias concretas entre las manifestaciones de las supuestas fuerzas.** El primer esquema de la represión proporciona un buen ejemplo de la aplicación de este principio de equivalencia: la intensidad del deseo inaceptable necesita una defensa del Yo de igual intensidad, se manifiesta por una resistencia igual contra el trabajo analítico, y, de vencerse la resistencia, provoca una manifestación emocional en proporción.

El esquema es sencillo, pero tiene el defecto de equiparar intensidades no comparables: la base observable del esquema está en la dificultad de un trabajo



analítico, por un lado, y la amplitud de una reacción emocional, por el otro. Desde luego, el concepto de resistencia implica el de esfuerzo del analista para vencerla. Pero, otra vez, el esfuerzo es metáfora: no se trata de desplazar un obstáculo material pesado por un esfuerzo mecánico sino de una tarea interpretativa —cualitativa— que puede resultar difícil. Se la compara con las manifestaciones musculares y secretorias que constituyen un aspecto de la emoción (aspecto que —él— sería eventualmente mensurable por técnicas fisiológicas adecuadas, lo que tampoco equivaldría a medir una emoción). Los dos términos energéticos restantes (el impulso reprimido y la represión) no son observables, sino supuestos.

Aun así esta última suposición plantea problemas. No es para nada evidente que el impulso reprimido sea a la manifestación emocional como la energía potencial es a la energía cinética. Habría aún buenos motivos para pensar que no es así. Y tampoco es evidente que la actuación del Yo en la represión, puede compararse en términos de intensidad a la fuerza del impulso. El mantenimiento del enfoque económico obliga a una cantidad de hipótesis agregadas: que el Yo opone contrafuerzas a las fuerzas instintivas —que una parte de la fuerza de los instintos ha pasado al dominio del Yo—, que en este pasaje la energía instintiva ha sufrido una transformación perdiendo su carácter sexual o destructivo, etc.

De los cuatro términos en presencia, el primero (el impulso) **podría parecer** comparable a una fuerza, el segundo (la represión) es un proceso complejo del Yo, el tercero (la resistencia) se manifiesta por el trabajo **intelectual** del **analista**, y el cuarto (la “descarga” emocional) se manifiesta como una alteración de la situación del paciente, cambio momentáneo de relaciones objetales y manifestaciones somáticas juntas. Resulta clara la imposibilidad de establecer una equivalencia cuantitativa coherente entre elementos tan dispares.

Freud mismo marca la limitación del principio de equivalencia cuando reconoce que los impulsos pueden cambiar de destino hasta cierto punto solamente (no toda la libido narcisística se puede transformar en objetal, no toda la libido pregenital se puede transformar en libido genital, no todo el impulso puede cambiar de objeto). Freud ha siempre mantenido una cualificación fundamental de los impulsos, aunque cambiara el contenido de esta cualificación. Nunca (salvo en el malogrado “Proyecto” de 1895) concibió una energía única, que sola hubiera podido justificar una aplicación coherente del principio de equivalencia.

**La tercera condición de aplicabilidad válida del punto de vista económico es la identidad esencial de los términos que entran en relaciones cuantitativas.** Uno no puede sumar o restar repollos y zanahorias, obteniendo ciruelas como resultado. Tomando la última teoría de los instintos de Freud, la que más nos interesa para enfatizar los aspectos cualitativos de los instintos, la dificultad se hace evidente. El instinto ya no aparece ligado a un proceso de carga y descarga. Los dos instintos en pugna (Eros y Tánatos) difieren profundamente en su esencia. Uno —el Eros— busca “unidades siempre mayores”; el otro —Tánatos— apunta al quebrantamiento de toda conexión. Si fueran dos “fuerzas” podría hallarse un proceso de transformación de una en la otra, pero absolutamente nada en la obra de Freud nos autoriza a pensar en este proceso, y, al contrario, Freud acumula las razones de pensar que tal transformación es imposible. En la lucha de Eros y Tánatos, lo que hace el primero- es neutralizar la acción del segundo, “ligarlo”, “desviarlo”, “fusionarse” con él. En muchos textos (después de 1920) el problema que plantea Freud es, ¿qué hacer con el instinto de muerte? Entendemos muy bien la pregunta, y nos parece corresponder muy concretamente a un sinnúmero de problemas que nos planteamos en la situación analítica: ¿por qué tal sujeto presenta un grado insuperable de envidia

caracterológicamente expresada? ¿Por qué tal otro se quiere, a toda fuerza, destruir? ¿Por qué existe la “reacción terapéutica negativa”? Más allá de toda formulación económica —o quizás más acá— encontramos el contenido concreto de lo que Freud denomina “instinto de muerte”. Es básicamente el mismo contenido clínico y humano que Freud llegó paulatinamente a descubrir: la ciega repetición de conductas y vivencias dirigidas a la destrucción, antes que todo a la destrucción propia. Estamos lejos del principio de constancia, de las vicisitudes de la carga y descarga. El instinto de muerte significa la introducción de un principio esencialmente antieconómico —“más allá” de toda economía— que hace tambalear todo el edificio de la metapsicología en sus aspectos económicos.

Por lo pronto, lo que no se entiende es la equiparación de Eros y Tánatos bajo el mismo rubro energético. Si hubiera un “quantum” de libido descriptible, no tendría nada que ver con el “quantum” de destructividad que, lógicamente, le tendría que corresponder. Decir que un paciente tiene “mucho destructividad” o “mucho instinto de muerte”, es una forma válida (aunque parcial y metafórica) de describir una situación analítica, pero no es un concepto económico.

En el edificio teórico del psicoanálisis faltan las tres condiciones básicas para que una formulación en términos económicos pase del rango de una metáfora descriptiva al de explicación “científica” coherente.

Muchos se pueden encontrar tentados de mantener el enfoque económico, no como explicación sistemática satisfactoria, sino como hipótesis de trabajo provisoria, a beneficio eventual de una posibilidad de cuantificación. En todo caso —podrán pensar—, el abandono del enfoque económico nos hace perder muchos conceptos por el momento necesarios para una comprensión psicoanalítica. Desde luego, no queremos correr el riesgo de que una nueva formulación nos haga perder lo adquirido con la formulación acostumbrada, a pesar de su escasa coherencia. Por ello cabe preguntarnos acerca de una prescindencia del enfoque económico en metapsicología.

### **C) ¿Qué perdemos con abandonar el enfoque económico?**

El primer concepto usual que se encuentra trastornado por este cambio es el de principio del placer. Ya cambia de contenido en su pasaje de las últimas formulaciones de Freud a las de Melanie Klein. Pierde toda conexión con el principio de constancia; ya no implica que “todo fenómeno psíquico está destinado a rebajar tensiones”, es decir, que todo se puede interpretar en forma de carga o descarga. Permanece, sin embargo, en la teoría kleiniana, a título de búsqueda elemental del objeto, fuera de las condiciones reales de su consecución (alucinación optativa, acting out, etc....) y, en este sentido, como opuesto al principio de realidad. Todo lo descriptivo de Freud queda válido.

Uno podría pensar que, al abandonar el enfoque económico, quedan sin fundamentos los conceptos de proceso primario y secundario. Las descripciones de Freud enfocan aquí dos vertientes: por una parte, la diferencia entre dos tipos de funcionamiento psíquico, uno más ordenado y adaptado, el otro más regresivo y caótico, cada uno de ellos obedeciendo a leyes distintas. La descripción corresponde a tipos de conducta observables, y es exacta. Lo único que “perdemos” es el concepto de “energía libre” y “energía ligada”. Si uno vuelve a examinar los textos de Freud al respecto, verá que toda su descripción queda valedera si prescindimos del punto de vista económico, y que, al contrario, los conceptos de energía libre y ligada no son sino la traducción en términos económicos del resto de la descripción. Energía libre traduce

las características de los deseos y afectos en el proceso primario: son violentos, cambiantes, contradictorios, apremiantes. La energía no agrega nada a la descripción. Lo inverso se diría de los procesos afectivos del proceso secundario, y lo mismo de la traducción de ellos en términos energéticos. Con la diferencia que la traducción energética se encuentra aquí mucho menos sostenida por las metáforas espontáneas del lenguaje. La afirmación que “los pensamientos funcionan con pequeñas cantidades de energía ligada” supone una equiparación insostenible de los pensamientos con diminutas partículas materiales, que, por su pequeñez, no necesitan sino energías ínfimas para “moverse”. Estamos volviendo solapadamente a la confusión pensamiento-neurona.

Un abandono del enfoque económico nos llevaría a renunciar a los conceptos de carga, descarga, contracarga, hipercarga o catexia, etc.. . .). Desde luego, es posible considerar el organismo humano como un sistema físico que recibe determinada cantidad de energía del mundo exterior (alimento, etc.), opera transformaciones energéticas, y produce energía, más que todo calórica y mecánica. En esta perspectiva, la utilización de conceptos energéticos físicos y químicos es perfectamente legítima. Pero el concepto de energía que se utiliza en psicoanálisis se ubica en otro nivel: si bien está supuestamente relacionado con el “quimismo corporal”, esta relación permanece hasta ahora en total oscuridad. La “energía” de la libido, y menos aún la de los instintos de muerte son equiparables a las formas fisicoquímicas (ellas sí medibles) de la energía. Sin embargo, se trata de mantener en este nuevo nivel el esquema del “motor” que necesita “nafta” para funcionar, olvidando que, considerado en nuestro campo de observación, el psiquismo no es un motor y por consiguiente no necesita abastecimiento energético.

La falacia de la equiparación entre “energía psíquica” y energía físico-química se ve patente en los “tres modelos básicos” que Rappaport<sup>45</sup> abstrae de ciertas teorías de Freud. Se supone la existencia de una tensión y de un cierto umbral de intensidad donde necesita descargarse. Si el objeto susceptible de satisfacer la tensión está presente y al alcance del organismo, la tensión se “descarga” en una acción específica sobre el objeto (modelo primitivo de la acción). Si la tensión crece y el objeto no está al alcance, o está ausente, se produce la alucinación optativa (modelo primitivo del pensamiento). Si la tensión crece la satisfacción alucinatoria no consigue aplacarla, y se produce una “descarga”, secretoria y muscular en forma de emoción (modelo primitivo del afecto, o emoción). El lactante tiene hambre y mama —o si no puede alucina el pecho— y si no le basta, grita. Toda la mecánica psíquica elaborada por Rapaport parte de ahí.

En términos energéticos, la coherencia de estos modelos se esfuma frente a un examen detenido. Una primera dificultad surge frente a la alucinación optativa, que no implica claramente ninguna descarga motriz. Mal se ve como puede descargar lo que sea. Rapaport se dio cuenta de la dificultad, admitiendo que la descarga era “poco intensa”. La misma ubicación de los tres tipos de conducta básicos bajo una rúbrica única: “descarga de tensiones” parece muy poco convincente; la alucinación no necesita “trabajo” físico-químico perceptible. La acción (mamar) necesita cierto trabajo muscular. La emoción (en este caso los aullidos, llantos y gesticulaciones del lactante) implica un desgaste energético evidentemente superior, pero esta “descarga” deja

---

<sup>45</sup> David Rapaport: “Organization and pathology of thought”. Columbia University Press. New York, 1951.

intacta la necesidad del objeto (hambre), así que, en verdad, no descarga nada.

Estamos frente a una gran confusión de modelos y niveles: una caldera está bajo presión creciente, y tiene tres válvulas de escape para eliminar este incremento de tensión, pero una válvula no implica movimiento ni trabajo alguno, la segunda aplaca la tensión con la ingestión de nuevos recursos energéticos, la tercera se manifiesta con un gran desgaste energético, pero no reduce la tensión. El modelo es incoherente.

Se podrá decir que la “energía psíquica” que se descarga en una emoción no tiene nada que ver con el trabajo (en sentido físico) que acompaña esta descarga. Así sea, pero entonces no tenemos ningún derecho a considerar las modificaciones secretorias y musculares que integran ciertas emociones como descargas energéticas. E igual tendremos que abandonar el modelo carga-descarga.

No tenemos más remedio que volver al viejo problema de la emoción, y que comprobar con pena que el psicoanálisis lo ha tratado a menudo con ingenuidad en sus formulaciones teóricas, aunque aporte muchos conocimientos nuevos y valiosos sobre el fenómeno. Digámoslo crudamente: **en ningún caso puede considerarse una emoción como una descarga de tensiones, por las razones que siguen:**

1) Las expresiones secretorias y musculares que integran ciertas emociones son semejantes en emociones muy dispares (las lágrimas pueden significar tanto tristeza, como rabia, como alegría, como enternecimiento).

2) Lo que interesa básicamente al psicoanálisis es el significado de la emoción (tal analizando llora porque lo herí con una interpretación, o porque me quiere, o porque piensa haberme dañado, etc.. .

3) No podemos pensar que un sujeto que despliega mucha actividad muscular es por ello menos iracundo (“descarga muscular” del sadismo, etc.). El changador puede pegar a su mujer y a sus hijos, al fin de su jornada, con mayores ganas que un empleado de oficina. Cada uno sabe que una explosión de ira no es en sí una forma de “descargar el sadismo” ni significa por lo tanto una disminución de las necesidades sado-masoquistas.

Los mencionados prejuicios encubren sin embargo una verdad, pero no expresable en términos económicos. Es verdad que niños y grandes necesitan desplegar actividades varias (inclusive musculares) y experimentar emociones diversas (por ello los espectáculos), pero no como formas de **descargar** lo que sea, sino de expresar su mundo interno y actuar simbólicamente sus fantasías.

4) El psicoanálisis —como piensa Sartre <sup>46</sup> — funciona con dos teorías de las emociones. Una teoría energética (la emoción como descarga, como cortocircuito del funcionamiento psíquico), es decir, al fin de la cuenta, causal y no significativa, y una teoría de la emoción como significativa de modalidad particular (más íntima en primer lugar y —esta vez dejando a Sartre— como relación interpersonal, esencialmente).

5) El alivio indudable que proporciona la expresión emocional dentro de la situación analítica, aparte del hecho de que se haya conseguido o no un progreso analítico verdadero (insight, elaboración), no se puede interpretar en términos de descarga, sino de contacto intersubjetivo: el analizando ha podido comunicar con alguien, llorar frente a alguien que no se burle ni se compadezca, enojarse con alguien que no se enoje de vuelta. Todavía se llaman (a veces) abreacción, en psicoanálisis, fenómenos que con mayor precisión se expresarían en términos de libertad para vivenciar.

6) El ejemplo más mentado de “descarga de tensiones” —el coito— es bastante ilustrativo. Los estados que siguen al orgasmo son muy diversos: varían desde la beatitud hasta la depresión y culpa (“triste animal post coitum”), pasando por la alegría,

---

<sup>46</sup> “Esquisse d’une théorie des émotions”. París, Ed. Hermann, 1938.

e inclusive por el incrementado deseo de repetirlo. Sabemos todos que lo esencial en esto son las fantasías inconscientes que se fusionan y expresan en esta conducta.

7) Finalmente, existen emociones muy importantes y valiosas donde no aparece ninguna modificación muscular o secretoria apreciable del cuerpo: la alegría de conocer o de descubrir, ciertas emociones estéticas, etc.

Más evidente todavía sería la imposibilidad de formular la acción en términos de descarga de tensiones. La acción busca al objeto —a un objeto específico y a veces único— y el placer es la consecución del objeto.

El rodeo impuesto al sujeto por el “principio de realidad” puede llevarlo por circunstancias externas, a acciones que representan un desgaste energético muscular agobiante sin aliviar por ello su tensión (el novio recorre treinta kilómetros a caballo para encontrar a su novia, y, al llegar, se entera que ella se ha ausentado).

Los modelos de Rapaport juegan constantemente sobre una ambigüedad: confunden el trabajo físico (emocional o de acción) y el proceso psíquico particular de búsqueda de un objeto para realizar determinada finalidad.

Ni la alucinación, ni la emoción, ni la acción, pueden verdaderamente formularse como “descarga de tensiones”.

Pero ahí no se detienen las dificultades creadas, en Freud y en muchos analistas, por el abuso de la metáfora económica. Las “cargas” (como la “energía neuronal” del Proyecto de 1895) necesitan algún recipiente que las mantenga en estado potencial hasta su “descarga” cinética. Aquí, el concepto de “imagen mental” o “huella mnémica” viene a sustituir a la insostenible neurona.

#### **D) La “imagen mental” como receptora de “cargas”**

Para “cargar” algo, hay que tener algo que cargar. ¿Qué es en el pensamiento psicoanalítico este algo? Freud lo dice en distintas maneras: “huella mnémica” (“erinnerungsrest”), imágenes. Esto se puede entender, dicen Laplanche y Pontalis,<sup>47</sup> en dos formas. Una proviene directamente de la psicología empirista reinante en el momento en el cual Freud elabora su pensamiento, y él no se siente obligado a formular una nueva teoría de la imagen mnémica. Así, la imagen se vuelve el doble psíquico de la cosa, como en toda la psicología de la época. Pero Laplanche y Pontalis notan otro concepto de la imagen como “bahnung” que aunque no retenido por Freud, podría ser fecundo.

Yo me quedaría preferentemente con J. P. Sartre,<sup>48</sup> reconociendo que Freud, aunque haya recogido el concepto de una imagen psíquica de la psicología (empirista) de su época, ha agregado al concepto una cantidad de descubrimientos concretos, pero sin preocuparse de modificar el concepto del mismo.

Esto da la pauta de las deficiencias de la empresa metapsicológica de Freud. Descubre fenómenos nuevos y un enfoque nuevo, pero mucho de su formulación metapsicológica se reduce —en neta contradicción con lo descubierto— a formulaciones arcaicas a la luz de los conocimientos actuales en psicología. Esto no constituye una crítica hacia Freud, sino un intento de ubicar las formulaciones no propiamente freudianas que **obstaculizan**, dentro de pensamiento analítico, la creación de formulaciones actualmente adecuadas a lo descubierto.

Uno de los obstáculos es el concepto de imagen psíquica. Retomemos lo dicho por

---

<sup>47</sup> Laplanche y Pontalis: “Vocabulaire de Psychanalyse”. París, P. U. F., 1967, p. 491.

<sup>48</sup> J. P. Sartre: “L’imagination”. Ed. Alcan. París, 1936.

Rouart: lo difícil es entender como una carga energética se invierte en una imagen. A menos que confiéramos a esta imagen un carácter material (como si fuera una fotografía que se puede revestir de cualidades agregadas, o dejarse sistemáticamente en el fondo del cajón —represión—) existe entre el concepto de imagen y el concepto de “carga” una contradicción total.

Uno puede concebir —como hacía Freud en el “Proyecto”— la “carga” de una neurona, o un sistema de neuronas, por una energía susceptible por medios técnicos adecuados, de ser medida.

La transposición sistema de neuronas-imagen psíquica, evidentemente no funciona, por jugar sobre la ambigüedad de un cuerpo físico que puede ser realmente cargado de energía y de un ente psicológico que sólo puede ser metafóricamente “cargado” de una energía metafórica.

Sartre <sup>49</sup> muestra con suma claridad las dificultades básicas del concepto de imagen psíquica, a las cuales no escapa la teoría analítica:

“... se produce un desliz, y de la afirmación de la identidad de esencia entre la imagen y el objeto, se concluye una identidad de existencia. Ya que la imagen es el objeto, se concluye que la imagen existe como el objeto”. De ahí una “metafísica ingenua” de la imagen que “consiste en hacer de la imagen una copia de la cosa, existiendo ella misma en la misma forma que la cosa

Hay una teoría subyacente en toda la psicología de la imagen: esta es en el fondo una cosa que se concibe a partir del modelo de las cosas físicas.

Esta teoría, a su vez, descansa sobre el postulado fundamental de- una identidad de fondo entre imagen y percepción, postulando que lleva a contradicciones.

Filósofos y psicólogos han tropezado y siguen tropezando contra la dificultad de dar cuenta del hecho de que diferenciamos espontánea e inmediatamente imagen y percepción, lo que lleva también a definir la percepción como “alucinación verdadera”.

Al final, no hemos conseguido librarnos de la teoría de la percepción —imagen de Epicuro— las “eidola”, finísimas películas que emiten los objetos y son recogidas por los órganos sensoriales y guardadas a título de imágenes). Este es el contenido crítico esencial de- la tesis de Sartre, que la demuestra en forma harto convincente por el examen del destino del concepto de imagen psíquica en toda la filosofía occidental hasta la actualidad.

Sobrepasa mucho el alcance de este- trabajo el retomar esta demostración. Me limitaré a señalar algunas dificultades esenciales de la teoría de la imagen recogida por Freud (a falta de alguna mejor) e- introducida por él en el edificio de la metapsicología.

La primera dificultad es la identidad fundamental entre imagen y percepción. La imagen, volviéndose conciente es como una percepción “más débil”, “en grado menor”. Lo que implica que- la “huella” dejada por la percepción contiene en sí muchas de las características de ésta. Caemos en el concepto implícito de “huella” como fotografía impresa en las neuronas. Otra vez, una versión más sofisticada de las “eidola” epicureas. De las “eidola” a los “engramas” la teoría no ha cambiado. Suponemos, sin el menor fundamento, que la imagen óptica retiniana de la percepción visual se conserva, con su forma esencial, en algún lugar del cerebro, y que se proyecta en la alucinación.

De ahí surgen otras dificultades: que no confundimos una percepción de estímulo físico poco intenso con una imagen. Ni una imagen muy vívida con una percepción. Si se tratara de “intensidad”, viviríamos en un mundo de alucinaciones (Sartre).

---

<sup>49</sup> Ibid., p.4

Si no es la intensidad intrínseca que determina nuestra discriminación entre percepción e imagen, podría ser —y es la solución adoptada por toda una línea filosófica y psicológica— que el juicio constituyera el mundo perceptivo y el imaginario. Lo que tropieza con la dificultad inversa: percibo claramente lo que mi juicio me indica como imposible. Por ejemplo, me encuentro con mi amigo Pedro en Buenos Aires, cuando sé que está en Europa. Lo percibo como tal, y si le digo “te estoy alucinando”, es en chiste. Después el juicio se almea (Pedro no se fue, o ya volvió, etc.).

De ahí una conclusión: el mundo de lo imaginario no está hecho con “imágenes” en el sentido corriente de la palabra. Ni lo que se imagina o se fantasea conscientemente, ni lo que se sueña, ni lo que se alucina. Lo imaginario está hecho de fantasías más o menos revestidas de cualidades sensoriales (aquí nos apartamos decisivamente de Sartre) y constituye un mundo no de “fotografías” de objetos, sino previo a la constitución del mundo físico adulto, y al cual podemos volver, con intenciones y procesos diversos, cuando imaginamos, soñamos, alucinamos o deliramos.

Volviendo a nuestro propósito: los conceptos que Freud pidió prestados a la psicología académica anterior a él, y que parecían e-videntes (la “imagen”, la “huella mnémica y otros) no concuerdan básicamente con la experiencia analítica. Una neurona o una “huella”, puede ser “cargada” o “descargada”. Un objeto imaginario, no. Pasando del “Proyecto” al capítulo 7 de la “Traumdeutung”, uno pasa del plano de una “realidad” neuroenergética insostenible al de una metáfora psicoenergética menos sostenible todavía. No existen ni “cargas”, ni imágenes para cargar. Pero queda todo el psicoanálisis, en lo que tiene de radicalmente original.

No podemos eludir la conclusión: el enfoque económico, con sus corolarios de “energía psíquica” que “carga” imágenes o huellas mnémicas, las cuales, a su vez, se descargan de- distintas maneras, pertenece al reino de la metáfora. Lo reconocen tanto autores resueltamente antianalíticos como psicoanalistas. Entre los primeros citemos a Ernest Nagel: <sup>50</sup> “. . . en la teoría freudiana se emplean metáforas, sin reglas aún medianamente definidas para su aplicación, y, en consecuencia, metáforas admitidas como «energía» o «nivel de excitación» no tienen ningún contenido específico y pueden ser entendidas según a uno le de la gana”.

Entre los segundos, Apfelbaum <sup>51</sup> además de notar —en forma menos virulenta que Nagel— el carácter metafórico del enfoque económico, nos da algunas indicaciones acerca de los motivos de tal falla lógica: “En un reciente symposium sobre el concepto de energía psíquica resumido por Modell (1963), Kubie criticó el enfoque económico, afirmando que las explicaciones cuantitativas ofrecen sólo descripciones de la conducta en términos metafóricos. El peligro es que estas descripciones a menudo dejan el sentimiento de explicaciones definitivas, ya que las metáforas cuantitativas apelan a la vez a la experiencia subjetiva conciente y a formas populares de hablar de los procesos psíquicos. Explicar la conducta en base a cambios cuantitativos hipotéticos, ofrece también la ilusión de un sentimiento de objetividad”.

Es decir, la ilusión de una ciencia de los objetos (de la naturaleza) cuando se trata de una ciencia “hermenéutica”.

---

<sup>50</sup> En: “Psychoanalysis, scientific method and philosophy”. Editado por Sydney Hook, 2ª edición. N. York University Press, 1964, p. 41.

<sup>51</sup> Op. cit., p. 168.

## CONCLUSIONES

1) El enfoque económico y su corolario, el concepto de una energía psíquica que pueda “cargar”, “contracargar”, “descargar” imágenes mentales o huellas mnémicas, no corresponden a nada concreto en la experiencia analítica.

2) El enfoque económico implica una teoría de la emoción, de la acción y del pensamiento como distintas formas de descarga de tensiones. Esta teoría queda descartada por Freud en 1920 cuando descubre la existencia de fenómenos “Más allá del principio del placer”, es decir, más allá del esquema tensión-distensión.

3) Las características atribuidas por Freud y la teoría analítica subsiguiente a los instintos o impulsos, son incompatibles con el enfoque económico: el impulso es básicamente diferenciado en su cualidad, finalidad y objeto. No se presenta nunca como energía indiferenciada. No es susceptible de transformaciones traducibles en términos de ecuación. Su única justificación radica en el concepto de abreacción, útil en los primerísimos momentos del psicoanálisis, y abandonado después a la luz de una visión más rica del proceso analítico (insight, elaboración, etc.).

4) Una energía que no es concretamente medible y cuantificable, es un concepto vacío desde el punto de vista de las ciencias naturales, al cual algunos se quieren atener. Es inútil en una ciencia hermenéutica como el psicoanálisis. El enfoque económico se mantiene merced a una confusión entre ambos tipos de ciencias.

5) El concepto pre-freudiano de imagen psíquica —incorporado por Freud en el edificio metapsicológico, y sostén del enfoque económico, es **muy arcaico** con relación a los descubrimientos analíticos, y no los traduce adecuadamente.

6) Lejos de “complementar” el enfoque dinámico-estructural que define el psicoanálisis, el enfoque económico entra en contradicción con él. Tan pronto como aparecen los conceptos de instancias, objetos, identificaciones, etc., el funcionamiento psíquico se personaliza y deja de poder formularse en términos energético-económicos. El enfoque económico constituye un arcaísmo, y por ende un obstáculo al progreso, dentro de la teoría analítica.

7) Más que todo, el enfoque económico es un perfecto ejemplo de una teoría en contradicción con la práctica. No puede traducir ningún aspecto de la situación analítica, del diálogo analítico, del proceso analítico.

8) No critico el uso —que todos hacemos espontáneamente— de metáforas de tipo energético-económico dentro del diálogo analítico (“explosión de ira”, “descargar una patada”, etc.). Pero sí critico la transformación injustificada de una metáfora en una metapsicología.



## CONCLUSIONS

1) The economic approach and its consequence, the concept of psychic energy that “cathexis”, “counter-cathexis” and “discharge” mental images or memory traces does not correspond to anything definite in analytical experience.

2) The economic approach implies a theory of emotion, of action and of thinking as distinct ways of relieving tensions. This theory was discarded by Freud in 1920 when he discovers the existence of phenomena “Beyond the Pleasure Principle” that is, beyond the scheme of tension-distension.

3) The characteristics that Freud and the following analytical theory attributed to instincts or drives are incompatible with the economic approach: being the instinct basically differentiated in its quality, its aim and its object. It is never actual as undifferentiated energy. Its transformations cannot be interpreted in the sense of an equation. Its only justification lies in the concept of abreaction, useful in the very first moments of psychoanalysis and abandoned thereafter owing to a richer view of the analytical process (insight, elaboration, etc.).

4) Energy which cannot be measured and expressed quantitatively is an empty concept from the point of view of natural science, a discipline in whose ranks some analysts prefer to place themselves. It is useless in a hermeneutic science such as psychoanalysis. The economic approach is maintained thanks to a confusion between both disciplines.

5) The pre-Freudian concept of psychic image —incorporated by Freud in the metapsychological theory— and in which the economic approach is based on, is very archaic in relation to analytical discoveries, and does not give an adequate idea of them.

6) Far from “complementing” the dynamic-structural principle, which is the basis of Psychoanalysis, the economic approach comes into conflict with it. As soon as the concepts of “agencies”, objects, identifications, etc., appear, psychic functioning becomes human and can no longer be expressed in energetic-economical terms. The economic approach is an anachronism, and thus, an obstacle to the progress of analytical theory.

7) Above all, the economic approach is a perfect example of a theory in contradiction with the analytical work. It does not express any aspect of the analytical situation, of the analytical dialogue, of the analytical process.

8) I am not against the use —that we all fall into— of the energetic-economic type of metaphors in the analytical dialogue (“explode with anger, burst with rage”, etc.) But I do criticize the transformation of a metaphor into a metapsychological theory.